

LA CULTURA DEL ENCUENTRO.

Fernando Montes S.J.

Licenciado en Filosofía, Universidad del Salvador, Argentina, Licenciado en Teología y Sociología, Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Rector de la Universidad Alberto Hurtado (1997 – 2016). Se ha desempeñado como Superior de la Compañía de Jesús en Chile (1978-1984), Rector Colegio San Ignacio El Bosque, Santiago (1984-1992) y Director Revista Mensaje (1973-75 / 1992-96).

LA CULTURA DEL ENCUENTRO.

Fernando Montes S.J.

1.- Introducción: Repensar el Humanismo.

Me referiré a la “cultura del encuentro”. Este es un tema importante dentro del pensamiento humanista. Una cultura que facilite el diálogo, el compartir, el escucharse entre personas y pueblos, es esencial para alcanzar un desarrollo genuinamente humano.

El humanismo desde siempre ha buscado responder a la vieja pregunta ¿Qué es el ser humano? Muchos años antes de Cristo, los seres humanos le hacía esta pregunta a Dios en el salmo ocho:

“cuando contemplo el cielo obra de tus dedos, la luna y las estrellas que creaste ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para que de él te ocupes?”

Responder esta interrogante resulta hoy día muy complejo por los avances de la ciencia y por el poder que hemos adquirido los seres humanos con el progreso prodigioso de la tecnología que hoy tenemos en nuestras manos.

Yo pertenezco a una generación que nació, cuando la Segunda Guerra Mundial terminaba. Los mitos del progreso, elaborados en la civilización industrial, caían hechos trizas.

Entonces leíamos a Jean Paul Sartre y a los autores existencialistas. Nos impactaba la frase del filósofo francés “El hombre es una pasión inútil”. Es decir la persona es un ente sin sentido y sin salida. Martín Heidegger acentuaba nuestra finitud y la angustia ante el inexorable fin de nuestro tiempo. Camus insistía en el absurdo de la existencia y consecuentemente afirmaba en su novela El Extranjero: “todo el mundo sabe que la vida no vale la pena de ser vivida”.

En ese tiempo, el humanismo cristiano se reformuló como una interesante respuesta, que cuestionaba fuertemente lo que estaba sucediendo. Luego de la derrota nazi, de los horrores del Holocausto y de la bomba atómica, hubo necesidad de repensar lo humano para elaborar un nuevo proyecto social.

Siguiendo las huellas de Henri Bergson, Leon Bloy, Charles Péguy, G.K. Chesterton y otros, diferentes pensadores como Jacques y Raissa Maritain, Emmanuel Mounier, Jean Lacroix, François Mauriac, Jean Guilton, Edith Stein y muchos más, reformularon las raíces del humanismo.

Hoy estamos forzados nuevamente a repensar lo humano porque profundos cambios se han producido fruto de un desarrollo científico y tecnológico prodigioso. Enfrentamos hoy nuevos desafíos y nuevas preguntas. ¡Qué ardua y necesaria es hoy la empresa de pensar al

ser humano en una mutación cultural tan profunda como la que estamos viviendo! Nos encontramos ante una economía financiera sin control, un pensamiento ultra liberal competitivo y muy individualista, una aceleración del tiempo con un aumento increíble de la información. Todo eso ha generado una creciente globalización que quiebra estructuras geográficas y políticas, un desprestigio de las instituciones inadecuadas para los nuevos tiempos y una inoperancia de las democracias representativas por la presión de las redes sociales. Innumerables novedades y descubrimientos presagian el nacimiento de un mundo diferente y una nueva humanidad.

Cuando fundamos la Universidad Alberto Hurtado, sobre todo en el discurso de su décimo aniversario, planteamos la idea de que el desafío número uno de nuestra Universidad y creo que de todas las universidades, era pensar el humanismo, analizar la nueva convivencia humana, las desigualdades, las amenazas en el ejercicio de la libertad, etc.

Tenemos hoy día que ser muy equilibrados para no caer en un derrotismo estéril. El miedo a lo que viene podría paralizarnos y debe ser bien administrado como lo afirma Paul Virilio en su libro "La administración del miedo". El afirma que "la velocidad se ha comido el espacio, ha achicado la tierra y no hay lugar para los hombres". Creo, sin embargo, que sin negar las amenazas que estamos enfrentando, es bueno tomar conciencia que jamás la humanidad había tenido las posibilidades de progreso que hoy día tiene, ni la oportunidad de generar una nueva cultura del encuentro sin distancias ni fronteras. Es imprescindible analizar al ser humano y a la sociedad a partir de ahí.

El Homo Sapiens se ha desarrollado paulatinamente en un larguísimo periodo de tiempo. Ese avance se ha producido en tres grandes líneas: en primer lugar, gracias a sucesivos descubrimientos e inventos el ser humano logró aumentar su poder físico y dominar la naturaleza. Desde la invención del arado y de la rueda hasta el dominio de la energía atómica, pasando por el uso de la energía eólica, la energía hídrica, el motor a vapor y a combustión, y la electricidad, el pequeño ser humano se hizo de una fuerza ciclópea.

La segunda línea de desarrollo fue en la intercomunicación de los individuos hasta lograr llegar a formar sociedades muy complejas entrelazadas en una extensa globalización. El ser humano perfeccionó el lenguaje, inventó la moneda, la escritura, la imprenta, el telégrafo, descubrió las ondas hertzianas, y con ellas la radio, la televisión y finalmente el internet generando una red compacta de comunicaciones que pulverizan la idea de tiempo y sobre todo de espacio. Considérese que cuando los jesuitas llegamos a Chile en 1593 la correspondencia de Roma demoraba entre la idea y la vuelta tres años. Hace poco murió en Santiago en una casa a 200 metros de la mía, el padre José Correa, mi formador. Yo no estaba presente pero media hora después de su muerte recibí un mail de mi superior que en ese momento estaba en Paraguay comunicándome que 10 minutos antes había muerto mi amigo. Es decir me enteré a través de Paraguay de algo que había sucedido a escasos 200 metros de distancia del lugar donde yo estaba. Se comprimió el espacio y se hicieron pedazos las fronteras. Hoy podemos contemplar un partido de fútbol en Moscú sentados en el living de nuestra casa.

La asociatividad fue pasando de la familia a la tribu, el clan, la nación, el estado, los imperios hasta llegar a la actual globalización. Finalmente unido a lo anterior y en parte gracias a las

dos líneas señaladas anteriormente, hay un avance en el modo de pensar, de almacenar los conocimientos, de generar ciencia que abre posibilidades insospechadas. La invención del computador y el lenguaje digital, permite no solo aumentar las comunicaciones, sino las capacidades intelectuales del ser humano. Estamos creando la inteligencia artificial, generando capacidades de memoria y de relaciones que nos abren a un mundo que nos cuesta imaginar.

Con todos esos conocimientos hemos podido descifrar muchos misterios relacionados con la vida y el universo...y va naciendo de verdad un ser humano nuevo que debe ser pensado para que los avances no se conviertan en el fin de la historia. Las nuevas tecnologías potencian y unifican nuestras fuerzas físicas, nuestra inteligencia y nuestra dimensión social.

Hoy día la humanidad puede considerarse unida en su diferencia, compartiendo destinos y no importando las distancias.

No hay que olvidar, sin embargo, que el año 1945 de nuestra era, hicimos estallar la bomba atómica y los seres humanos alcanzamos el poder de destruirnos y destruir la tierra. Hemos logrado un enorme progreso, nos hemos globalizado pero si no administramos bien eso con una visión superior, podemos generar nuevas colonizaciones y avasallamiento de numerosas culturas con mucha deshumanización y a la larga podemos destruirnos.

Hoy día un individuo puede llevar en su bolsillo el celular con las más avanzadas tecnologías y la posibilidad de acceder a toda la ciencia que las personas han producido y acumulado. Hopkins cuando fue a inaugurar un centro de creación de inteligencia artificial, señaló que estamos a punto de generar máquinas infinitamente más inteligentes que el ser humano. Somos capaces de generar algoritmos que podrán reemplazarnos en casi todas las tareas que realizamos en el mundo, y que procurarán ser cerebros perfeccionados. El algoritmo es una sucesión de acontecimientos o elementos debidamente ordenados para producir mecánicamente los efectos deseados. La ciencia está desesperada tratando de entender, producir y perfeccionar este algoritmo humano. ¿Qué va a quedar del ser humano si somos sólo una receta de cocina que depende los materiales que echamos en la olla?

Esas fórmulas químicas sin embargo no serán libres y no tendrán propiamente un yo consciente...no podrán amar. Pero tendrán el riesgo que algunos se apoderen de ellas para dominar a los demás.

Cuando yo era niño, un médico era muy bueno cuando hacía un buen diagnóstico. Hoy día importa poco la capacidad de diagnóstico de un médico. Hemos llegado a tener máquinas que diagnostican con más precisión que el mejor de los doctores. Pero que no acompañan al enfermo en sus miedos, soledades y dolores.

Se hace hoy necesario leer y meditar libros como: "Sapiens. De animales a dioses", el "Homo Deus" de Yuval Noah Harari o el "Hombre post orgánico" de Paula Sibilía, o los breves ensayos del coreano Byun-Chul Han, para tomar conciencia de la evolución del ser humano que ha dominado las pestes, descifrado el código genético, creado un mundo digital, prolongado la vida a un extremo que hoy se siente Dios...Pero que es incapaz de dar respuesta a muchas preguntas, sobre todo a las relacionadas con el sentido de la propia existencia.

En estas circunstancias han surgido muchos aislamientos, conflictos y grandes dificultades en la convivencia y en la vida social.

La literatura contemporánea es particularmente sensible a esta mutación profunda de la cultura. Libros como los Diarios y El último encuentro de Sandor Marai ; “Las partículas elementales” de Michel Huellebeck, las novelas de Patrick Modiano y en particular “ El bar de la juventud perdida”, y muchas otras, nos muestran el fin de una época, el drama de las relaciones que se rompen, desconciertos, soledades ante lo nuevo; jóvenes que no tienen raíces etc. Con razón Zigmundt Bauman habló de la sociedad, la cultura y el amor líquidos.

Es muy iluminador el libro de Paula Sibilia “La intimidad como espectáculo” donde analiza la vida personal y social de los jóvenes tal como se manifiesta en las redes. Ahí aparece una gran pobreza en la vida interior y al mismo tiempo una necesidad de ser tenido en cuenta, de que los otros se fijen en uno. Ella habla de la "subjetividad convertida en espectáculo". El ser humano hoy día perdió su interioridad, su misterio, se despreocupó de su historia y sus raíces, y está desesperadamente necesitado de vivir el presente y de que se fijen en él. Vestidos estrafalarios, mechones rojos, cortes de pelo llamativos...son expresiones de un hondo clamor: "Mírame por favor"... es en lo inconsciente, una señal de un enorme soledad.

En esta circunstancia yo me pregunto si en este mundo transitorio, de muchas apariencias, de falta de encuentros profundos y estabilidad, la profusión de tatuajes no es un inconsciente deseo de tener algo que perdure, algo que permanezca en el tiempo.

Un libro que puede ayudar mucho para profundizar estas ideas en la obra póstuma de Humberto Eco, “De la estupidez a la locura”.

Hemos apostado por el desarrollo tecnológico y económico, aun a costa del sentido de la vida como lo reconoce lúcidaamente Harari.

2.- Precisar el concepto de cultura.

Esta ha sido una larga y necesaria introducción descriptiva de los cambios que están acaeciendo para acercarnos mejor al tema de la cultura del encuentro.

Para pensar en la cultura del encuentro, es fundamental detenernos un momento a precisar el concepto mismo de cultura y del influjo que ella tiene en el comportamiento humano. No nos referimos a la cultura en su sentido erudito; aquella que tienen los profesores universitarios, los artistas, los escritores sino en su sentido sociológico más amplio.

¿Qué es la cultura sociológicamente hablando? Es un producto humano que a su vez termina configurando al ser humano. Este nace con una enorme necesidad, por no decir con un gran vacío. Cuando nacemos se inicia un largo proceso educativo porque venimos con una mochila que debe ser llenada por un regalo que nos hace la sociedad. Eso es la cultura: un regalo gracias al cual podemos ir tomando conciencia de nosotros mismos, ir entendiendo el mundo que nos rodea e ir relacionándonos con los demás.

La herencia griega y su pensamiento metafísico nos llevan a menudo a definir las cosas por su naturaleza y su esencia, descuidando los elementos circunstanciales históricos y culturales que, sin embargo, forman parte esencial de nuestra realidad contingente que es muy variada. Los griegos definieron al ser humano como un animal racional atendiendo poco a la cultura recibida que está en el núcleo más íntimo nuestro y que nos diferencia del mundo animal. Ella forma parte intrínseca de cada individuo y permite que un grupo pueda constituirse, relacionarse, generar un “nosotros”.

Hay variedad infinita de culturas y subculturas. Cada país, cada región, cada ciudad, cada familia tiene algunas notas que le son propias y que se van transmitiendo de uno a otros generando rasgos comunes. En esa cultura están los criterios estéticos, costumbres, normas de urbanidad, modas; están los valores y la fundación que hace aceptable esos valores, etc. Normalmente no somos conscientes de la cultura que orienta nuestras actitudes, más bien es parte integrante de nuestro yo, está incrustada en nosotros desde la más tierna infancia.

Peter L. Berger y Thomas Luckmann escribieron su famoso libro “La construcción social de la realidad”, que muestra cómo el ser humano va olvidando que él construye la cultura, y poco a poco se va sometiendo a ella considerándola como algo absolutamente natural. La cultura se naturaliza. Un ejemplo extremo de eso es que consideremos absolutamente natural andar vestidos cuando lo natural sería que anduviésemos como nacimos: desnudos. Nos peinamos, nos sentamos, comemos con un tenedor, nos agrada un tipo de música y todo eso es fruto de una cultura recibida como regalo y transmitida a nosotros por nuestros predecesores y que nosotros transmitimos a los que vendrán.

Somos sociales porque necesitamos vivir con otros y relacionarnos. La cultura es parte esencial de esa dimensión social: la recibimos de la sociedad y es el instrumento para relacionarnos unos con otros. Si queremos hablar de la cultura del encuentro, tenemos que analizar no sólo la naturaleza en sí, sino todo lo que hemos recibido de la sociedad para facilitar y generar los encuentros.

El modo como nos encontramos está marcado por la cultura. Es indispensable remitirnos a nuestra dimensión social y analizar cómo ella adquiere diversas formas concretas según la cultura que se tiene. Esa cultura influye profundamente en nuestra libertad y nuestras opciones. Es curioso que los cristianos hayamos aceptado la esclavitud sin sombra de culpabilidad, porque ella se hizo normal en una determinada cultura. Que haya personas que compren jeans rotos pagando por ellos el doble de su precio, porque esos pantalones rotos están de moda , es parte de la cultura actual que puede llevarnos a hacer cosas no muy razonables.

Cabe hacer ver que cuando se produce un conjunto de cambios importantes en un momento de la historia, esta se quiebra y se produce un cambio de época que termina haciendo añicos la cultura tradicional generando una severa crisis. Cuando en el siglo XVI Gutemberg inventó la imprenta, Copérnico llegó a la conclusión que la tierra no era el centro del universo y Colón descubrió América, se produjo un cambio histórico radical, un cambio de época; se acabó la edad media y empezaron tiempos nuevos.

Herman Hesse en su novela "El Lobo Estepario" afirma que no hay momento más difícil y duro que cuando se produce un cambio de época porque todas las certezas, tambalean; lo que se tenía por seguro y claro se oscurece; pierden vigencia los valores y todavía no vislumbramos las nuevas rutas y el fin del camino. Cuando hay un cambio de la envergadura que nos está tocando vivir, la cultura heredada y almacenada y que forma parte intrínseca de nuestro yo, no responde a las nuevas circunstancias y es necesario recrearla para que el ser humano pueda orientar su vida y relacionarse sanamente con los demás. Hoy se cumple lo que acertadamente dice Marcela Serrano en su novela "Antigua vida mía": "nos sabíamos todas las respuestas de memoria y nos cambiaron las preguntas". Andamos desorientados y sin respuestas para los grandes desafíos.

Para ejemplarizar lo que significa el fin de una cultura puede ser interesante leer "La Resistencia" de Michelle Houellebecq. El autor imagina que en la Francia del 2020 habrá un presidente musulmán... La "hija mayor de la Iglesia" (Francia), habrá cortado sus raíces cristianas como fruto de un radical cambio cultural.

La cultura recibida debe modificarse para que responda también a los nuevos tiempos como en el momento en que fue creada respondió a una determinada necesidad.

Quienes estamos hoy aquí, tenemos una cultura compartida; tenemos un "nosotros" con muchas cosas en común, normalmente regaladas por nuestra sociedad, por nuestro medio familiar, por nuestra Iglesia. Eso que tenemos en común, se está quebrando y es necesario reemplazarlo. Tenemos que ir echándonos nuevos elementos en la mochila para seguir andando.

3.- Algunos elementos de la cultura actual.

Cabe preguntarse hoy, ¿qué se les está echando hoy los jóvenes en la mochila? ¿Cuál es la cultura moderna?

Parte de la misión de un verdadero humanismo es el análisis crítico de la cultura. Cuando hay un cambio de época como el nuestro, cuando todo tiembla y el alma humana desvaría, es el momento de ir a lo esencial, para ver qué cosas son propias de un tiempo y se pueden o deben abandonar y cuáles son aquellas cosas que han de permanecer porque son válidas para toda la humanidad en todo momento.

Una crisis es una situación difícil pero que no es necesariamente negativa y puede ser el momento para pensar a fondo lo que hoy debería ser una cultura humanista sólida, que tenga en cuenta los avances prodigiosos de la ciencia y la técnica.

Quisiera recordar sólo algunos tópicos centrales de la cultura, que tal vez sin darnos cuenta han ido echando fuera lo que habíamos recibido de nuestros antepasados.

a.- Existe un individualismo brutal. Un liberalismo mal entendido acentúa el "yo" hasta la desmesura. "Yo, yo, yo". Se busca lograr la auto realización y una libertad sin cortapisas.

Esta visión se manifiesta en las más variadas formas. En primera lugar se acentúa la relación de mercado que se ha convertido en el modelo de todo encuentro, en la pauta de las relaciones humanas...donde yo busco el mayor provecho para mí y mi interlocutor hace otro tanto; donde la auto referencia y el egoísmo es el horizonte, con la esperanza que una "mano invisible"-como dice Adam Smith- equilibre las cosas. Como ejemplo cabe señalar la reciente reforma educacional en Chile, que tiene muchos elementos positivos, sin embargo, contra la intención de sus autores, sólo subraya derechos, y sólo se acentúa lo que el Estado tiene obligación de dar.

En la discusión de la ley, recordé el discurso inaugural del Presidente Kennedy en el que les dijo a los jóvenes norteamericanos "Pregúntense no lo que su país puede hacer por ustedes, sino lo que ustedes pueden hacer por su país". Pocos recuerdan hoy esa consigna. Hoy por el contrario, andamos buscando y exigiendo lo que el Estado debe darnos. No encontré en el Parlamento preocupación por una educación que insista en las responsabilidades, en lo que debemos entregar a los demás. Aún aquellos que dicen atacar el neoliberalismo, al parecer, están inficionados por esa ideología. Mis derechos, mis derechos, sólo mis derechos... Pocos hablan en la educación para la responsabilidad con su país y con los pobres de parte de aquellos que han tenido el privilegio de estudiar, mucho más cuando lo han hecho a costas del Estado.

No suelo usar términos como "deberes" y "obligaciones" pues en la literatura anarquista que muchos manejan, esas palabras resuenan a abuso de poder. Prefiero hablar de responsabilidad porque ésta es fruto de quién es verdaderamente libre y que se hace responsable de sí mismo, de los demás y de su patria.

b.- Muy ligada al individualismo está la "competitividad", que se ha impuesto en nuestra cultura.

La centralidad del mercado fácilmente nos lleva a la competencia y a la inconsciente búsqueda del éxito. Aunque tarde o temprano todos tenemos problemas y lloramos, hoy se nos enseña a triunfar y no se nos dan las armas para procesar el fracaso.

Una de las novelas más impresionantes de nuestro tiempo es ejemplo de esta obsesión por el éxito. Se trata de "El adversario" de Emmanuel Carrère. Es una novela que narra un hecho histórico acaecido en Francia en 1993 donde un joven se hizo pasar por médico y no se atrevió a contarles a sus padres que había fracasado en sus estudios. Estuvo 18 años engañando, mostrando sus éxitos y terminó desesperado matando a sus padres, a su esposa y a sus hijos porque pensó que iban a sufrir mucho si descubrían el engaño. El hecho conmovió a Francia. Esto ha sucedido numerosas veces en Chile estos últimos años y por eso es conveniente preguntarse qué tipo de culturas estamos transmitiendo a la juventud.

c.- Si tenemos una cultura que acentúa el individualismo, la competencia, el éxito a cualquier precio es necesario también reconocer que está muy centrada en la dimensión económica y productiva.

Estamos en una cultura donde lo económico es lo central, donde el crecimiento productivo y económico es primordial. Eso tiene por una parte un gran costo ecológico y por otro, tiende a centrar el desarrollo del país en los aspectos económico en desmedro de otras dimensiones del verdadero desarrollo humano.

Se ha llegado confundir el valor con el precio. A menudo cuando vamos a una tienda y queremos saber el precio de una camisa, confundiendo los conceptos, preguntamos: ¿cuánto vale o cuánto cuesta? Antes comprar una camisa costaba mucho pero no a todos les cuesta lo mismo pues para un indigente es más costoso que comprarla que a un rico. Pero más grave es preguntar por el valor pues si alguien pone el valor en una camisa tendría que precisar de qué está hablando. Lo más valioso como el amor o una sonrisa, no tienen precio. Si se compra el amor, se prostituye. Nadie puede comprar la sonrisa de un niño, si la compra la destruye. Nadie puede comprar el cariño de una persona. Las personas valen y no tienen precio.

El colegio San Ignacio del cual fui rector, tiene como lema la frase: "entramos para aprender y salimos para servir"... Mientras fui rector de la Universidad Alberto Hurtado muchas veces conversé con los estudiantes para conocer su motivación para estudiar en ella. Muchos, alentados por la presión de sus padres y del medio cultural, me respondían que estudiaban para tener una profesión y poder ganar más. Rara vez aparecía el servicio y la preocupación por los pobres como una motivación o un horizonte. A menudo se elige la carrera donde uno espera mayor resultado económico y la mayoría de los padres se oponen a que sus hijos por motivos de vocación personal elijan carreras más artísticas o pedagógicas porque son poco rentables.

d.- Otro de los elementos que nos está marcando a todos en la cultura actual, es la enorme cantidad de información que recibimos cada día y la acumulación de los conocimientos.

La acumulación de conocimientos y la velocidad con que todo se comunica, tiene el peligro de generar una enorme pobreza en la interioridad del sujeto. Todo se acumula en el computador pero no en el alma.

Hoy día, tenemos a la mano el conocimiento y vemos cómo se duplica y se triplica el saber con extraordinaria rapidez. Además la información, través de los medios, llega a todos los estratos de la sociedad y genera un nuevo tipo de integración social. Cambia el concepto de clase social. Esto puede ser muy positivo pero a la vez permite mucha manipulación en la opinión pública.

e.- El poder contar con muchos medios (ropa, televisores, computadores, máquinas de lavar y refrigeradores, celular etc.) ha hecho más extenso el consumo.

Sin duda eso es positivo en sí mismo, facilita la vida, hace menos arduos muchos trabajos, etc. pero también acarrea numerosos peligros si el consumo se convierte en consumismo, una pasión que puede llegar a destruir la propia vida, generar dependencias y agotar los recursos del planeta.

El marketing muy científicamente elaborado, puede generar nuevas necesidades que nunca se satisfacen. Impide gozar lo que se tiene, pues siempre se ofrecen productos nuevos, más eficientes y perfeccionados.

Un computador, un auto rápidamente se convierten en objetos de desecho porque apareció un nuevo modelo. Pocos gozan lo que tienen y están pensando siempre en la nueva oferta. Desde el punto de vista económico, el consumismo puede transformarse en una tragedia para muchas familias porque se produce un endeudamiento que destruye toda paz en las familias y las personas. Es doloroso constatar que para muchos los bienes se convierten en motivo de ostentación y de orgullo.

Se vive de las apariencias, se aparenta lo que no se tiene y eso es muy corrosivo para el individuo y para la vida social. Se vive en la mentira. El consumismo y la cultura del desecho terminan desechando al ser humano.

f.- Fácilmente una cultura como la que estamos describiendo, corta las raíces y acorta la esperanza, despojando a la vida de sentido y desarticulando el tiempo.

El ser humano en este mundo es esencialmente temporal. San Agustín dice que el "tiempo eres tú". Vivimos en el presente, que es fugaz, pero llevamos a nuestras espaldas todo nuestro pasado. Cargamos en el corazón y en la memoria toda nuestra historia. Pero además, somos los únicos seres capaces de tener esperanza, de proyectar el futuro dándoles sentido a lo que hacemos y a nuestra vida. Para vivir felices en el presente debemos tener un pasado bien asumido y bien procesado y a la vez un futuro con esperanza bien fundada.

Uno de los más graves problemas de nuestra cultura es que nos arrastra a vivir intensamente el presente, olvidando el pasado y con poca preocupación por el futuro a largo plazo. Se aplica lo que San Pablo dice de la vida sin sentido: "comamos y bebamos que mañana moriremos" (Corintios 15,32). Pasémoslo bien ahora. El tiempo se ha acelerado y reducido a un presente efímero.

El autor húngaro Sandor Marai en su notable novela, "El último encuentro", nos relata el encuentro de dos generales que habiendo experimentado la destrucción del imperio austro-húngaro en la guerra del 14, se sintieron sin pasado, sin raíces y despojados de su historia. Uno de ellos dice: "nosotros juramos por un país que ya no existe y ante una bandera que se fue". Es una novela que hace pensar sobre el mundo actual.

Patrick Modiano, en "En el café de la juventud perdida", nos narra los encuentros de cuatro personajes con Louki, una mujer enigmática, hija de una bailarina del Moulin Rouge. Esta joven, como todos sus compañeros de bohemia parisina, carece de raíces, e interioridad, se inventa identidades y lucha por construir un presente perpetuo. Modiano recrea alrededor de la fascinante y conmovedora figura de Louki el París de su juventud, al mismo tiempo que construye una conmovedora novela sobre el poder de la memoria perdida y la búsqueda de la identidad que genera una gran soledad.

En esta situación de realidades, de desencuentros, de periferias, de migraciones, de etnias, de soledades, yo creo que hay que recordar que el ser humano, más que un individuo, es un ente social, y que por sus propios límites necesita colaborar.

El progreso fundamentalmente se produce cuando todos colaboramos y trabajamos juntos.

4.- Aportes del Evangelio cristiano para repensar la cultura y el humanismo.

A propósito de esto, quisiera referirme al aporte profundamente humano que puede hacer hoy la fe cristiana, si es presentada correctamente. Hay ideas, valores, prácticas y ejemplos que pueden ayudar mucho para repensar el humanismo y promover una verdadera cultura del encuentro. No pretendemos aquí presentar una visión total del cristianismo sino adentrarnos en el concepto de persona que es esencial para el humanismo y la cultura del encuentro.

Hoy día el cristianismo está cargado de rémoras pues, con el avanzar del tiempo, muchas ideas y prácticas que correspondieron a un momento de la historia, se fueron convirtiendo en normas sagradas, que no son necesariamente conformes a lo que enseñó Jesús con su palabra y con su vida. Esto obliga a purificar muchos elementos del cristianismo actual para que la enseñanza de Jesús adquiera todo su significado actual.

El Maestro enfrentó en su vida una cultura estrecha, a menudo legalista, discriminadora y manejada por grupos poderosos. Ese enfrentamiento lo llevó a la muerte. Él era un hombre humilde, cercano a los pobres, que anunciaba una buena noticia a los marginados, a los que eran tenidos en menos. Anunciaba lo que él llamó “el reino de Dios” que establecía nuevas relaciones de intimidad y amor de los seres humanos entre sí y con el Señor. Dios se mostraba en él como un padre misericordioso.

Jesús fue un Galileo que con su persona y su palabra nos mostró una nueva imagen de Dios y permitió una relectura profunda de la historia de Israel, de los libros sagrados del judaísmo y de las promesas que daban la esperanza al pueblo judío. Muchas personas lo conocieron y escucharon. Un grupo reducido dejándolo todo, lo siguió. De ese encuentro y seguimiento nació el cristianismo. Luego de su resurrección, esos seguidores asombrados, comprendieron que su maestro era verdaderamente hombre y verdadero Dios.

Para adentrarse en este misterio la Iglesia primitiva desarrolló y profundizó el concepto de persona, que no es sinónimo de individuo. El individuo es un ser que no está dividido en sí mismo, que constituye una unidad separada de los otros. La persona por el contrario es un ser cuya esencia consiste en la relación con otros.

Los primeros cristianos consideraron que el Padre anunciado por Jesús era Dios, que Jesús era el Hijo y que también era Dios y que el Espíritu que ellos habían recibido y que había cambiado sus vidas, era del mismo modo Dios. Esto chocaba con el profundo monoteísmo del pueblo judío que sólo aceptaba un solo Dios Verdadero. Para afirmar que ellos adoraban a un solo Dios usaron el concepto de persona que es un ser relacional. El Padre, el Hijo y el Espíritu eran uno porque siendo personas tenían una relación de tal manera íntima y profunda que formaban precisamente una unidad. Esa unidad era de tal modo profunda y total que tres personas distintas compartían una misma naturaleza. De un modo misterioso para nosotros era tan honda la relación y el amor mutuo que conformaba una unidad indivisible.

Esta idea de la persona como ser esencialmente relacional da muchas luces al mundo individualista de hoy que comprende al ser humano como un individuo compitiendo con otros

Qué diferente puede ser una sociedad si se entiende a este ser como persona, cuya esencia supone relacionarse con otros. Los griegos no tenían la palabra persona. Para los romanos la persona es un sujeto de derechos y prácticamente sólo el “pater familias” tenía en efecto todos los derechos. Por eso lo más próximo que tenían a la idea de persona, era el concepto de individuo que tiene derechos... Y esos individuos eran muy pocos.

Si yo quiero ser persona tengo que revisar mis relaciones: con quien y como me relaciono con los demás y con el mundo. La persona es persona en la medida que se relaciona con otros. Esto es muy importante para la educación pues tal vez lo más central del proceso educativo, es formar integralmente una persona que es un ser esencialmente social y relacional.

Si quiero reflexionar sobre la cultura del encuentro es muy importante profundizar el tipo de relaciones que establecemos. Cuatro tipos u órdenes de relación tiene el ser humano en su vida. En primer lugar, por su propia conciencia, se relaciona consigo mismo. Uno es capaz de juzgarse a sí mismo y de dialogar consigo mismo. Esa relación puede ser poco sana si uno está lleno de culpabilidades o rencores. Si uno es narcisista y egoísta cortando los puentes con el resto del mundo. El cristianismo nos enseña que la más sana de las relaciones con uno mismo es una relación que facilita la entrega y la apertura.

El segundo tipo de relaciones que establece toda persona es con los otros. El cristianismo nos enseña a amar, a vivir para los demás y en particular a ser especialmente cuidadosos con los más pobres, los más marginados. El ser humano que es esencialmente social, debe hacerse responsable de los otros.

La tercera relación que establecemos es nuestra relación con el mundo, con la casa común donde todos vivimos y de la cual somos también responsables. Una relación mala con el mundo destruye la naturaleza y con eso provoca un profundo mal también a la humanidad, sobre todo los pobres.

Finalmente la persona humana se relaciona con Dios, con la trascendencia. Jesús nos enseña a tener una sana relación con Dios. Es una relación filial, de amor, de comunión y no de temor. Esa relación da fundamento y esperanza a la vida y explica y da la razón última de la fraternidad radical entre los seres humanos que son hermanos hijos de un mismo padre. La profunda relación de Jesús con su padre lo hizo amar a los demás y entregar su vida por ellos.

La perfección cristiana y el verdadero cristianismo no consisten en el cumplimiento de leyes y reglamentos sino en vivir a fondo y sanamente las cuatro relaciones que hemos señalado. Amar, servir, gozar la naturaleza y cuidarla, cuidar también la propia persona, su descanso, su crecimiento y su verdadera integración en el todo social.

Esas relaciones nos permiten vivir intensamente en este mundo como nos enseñó Jesucristo con su encarnación. El cristianismo, por esencia, es encarnación y humanización. Dios se hace carne, se hace hombre y servidor de los demás.

La santidad la hemos convertido en “perfección” entendida como cumplimiento riguroso de normas. Y esto es una aberración desde el

de ser comedor y bebedor, se hizo servidor de todos y luchó contra los poderes que aplastaban al ser humano. Eso lo llevó al fracaso y a la muerte. Esa muerte no era para pagar deudas y culpas, sino para solidarizar a fondo con los que sufren. Nuestros sufrimientos los hizo suyos y eso nos abre un camino para procesar nuestras propias derrotas.

El cristianismo tiene una responsabilidad, en la sociedad del éxito, donde se les enseña a los jóvenes solo a triunfar. A nadie se le enseña a enfrentar el fracaso, la ancianidad, el dolor. No estamos solos en nuestras penas.

El cristianismo es un encuentro con una persona, que nos enseña a ser personas libres y responsables. Es un encuentro con Jesús y con su testimonio.

A menudo hemos convertido desgraciadamente al cristianismo en una doctrina o en una mezcla de moral estoica y farisaica, no en una experiencia de encuentro que transforma la vida.

En este momento de profundos cambios y de crisis cultural se nos ofrece la posibilidad para revisar a fondo nuestras propias convicciones; estabién la oportunidad para aportar a la sociedad lo más profundo del cristianismo. Supone mucha humildad de nuestra parte y una profunda conversión. Pero eso también nos permite, en un mundo que ha perdido sus sueños, volver a soñar en un futuro mejor.

A menudo yo rezo la oración de Unamuno, que le pide al padre volver a tener la capacidad de soñar:

"Agranda la puerta, padre,
porque no puedo pasar,
la hiciste para los niños,
yo he crecido a mi pesar,
y si no agrandas la puerta,
achícame, por piedad,
vuélveme, a la edad bendita
en que vivir es soñar".

Yo les deseo que puedan soñar; puedan soñar un mundo más justo y más fraternal. Yo les deseo que en la reflexión podamos seguir la enseñanza de San Ignacio de Loyola que nos invitó a soñar lo más alto y al mismo tiempo a tener la sabiduría de ver qué paso es posible dar hoy, por corto que sea, para ir acercándome al sueño de un mundo mejor.